



República de Nicaragua

*Intervención de
S.E. Samuel Santos López
Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Nicaragua*

Reunión de Alto Nivel sobre los Objetivos de Desarrollo del Milenio

Nueva York 25 de septiembre de 2008

(Cotejar con palabras del orador)

Muchas gracias Señores Copresidentes,

Esta reunión convocada por el Presidente de la Asamblea General y el Secretario General tiene el propósito de dar un nuevo ímpetu a la consecución de los objetivos del milenio. En efecto, a pesar de que estos últimos sólo constituyen una agenda de desarrollo por defecto o minimalista, las distintas crisis que sufrimos en la actualidad nos alejan de este modesto sueño que tuvimos al formular los objetivos de desarrollo del milenio.

A mitad de camino del plazo que nos fijamos, es importante que con espíritu solidario reflexionemos sobre las causas que nos impiden el logro de estas metas mínimas de desarrollo.

Hace unos días en el contexto del debate de alto nivel sobre las necesidades especiales de África en materia de desarrollo, el Presidente de la Asamblea General nos recordaba que, todos juntos, ya habíamos acordado compromisos y metas conjuntas en las Cumbres de Río, Copenhague, El Cairo, Beijín, Nueva York y Monterrey.

Por ello, ha llegado la hora de elevarse y de salir de una retórica de falacias para adentrarnos a una práctica del respeto a la palabra dada; pues la primera de las crisis que enfrentamos es la falta de voluntad política.

No nos engañemos, los recursos y la tecnología sobran para que cada uno de los ocho objetivos del milenio se alcance. De lo que carecemos es de voluntad política y de solidaridad para que los niños del mundo, sus padres y sus abuelos no mueran más de hambre, cuando al mismo tiempo, en otros rincones del planeta, la opulencia es tal que los alimentos se botan por miles de toneladas cada día.

De lo que carecemos es de voluntad política y de solidaridad para que la economía esté al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la economía.

Esta crisis de voluntad política es la madre de las demás crisis que sufrimos. La crisis alimenticia por ejemplo. Si los países desarrollados no siguiesen desesperadamente empecinados en subsidiar su agricultura, resquebrajando dicho sea de paso la "dizque" sagrada libertad del mercado, de tal modo que los agricultores africanos, asiáticos y latinoamericanos serían tan competitivos como los demás y existiría en cada uno de nuestros países una agricultura rentable y sostenible que permitiría lograr seguridad y soberanía alimenticia, como lo señaló ayer el Presidente Álvaro Colom de Guatemala. Pero no hay voluntad política y esas prácticas siguen impunes porque, al fin y al cabo, los muertos del hambre los ponemos nosotros.

Las instituciones financieras internacionales han brillado por su incompetencia, no solamente porque durante décadas predicaron a nuestros países que invertir en políticas agrícolas era tiempo perdido sino que además han sido incapaces de prevenir la

alarmante crisis económica y financiera que vivimos. Ordenar, controlar y reestructurar a profundidad la arquitectura financiera internacional se ha vuelto una necesidad insoslayable.

Erradicar la pobreza y el hambre pasa forzosamente por entender que el modelo neoliberal, el capitalismo salvaje tal y como fuera calificado por el Papa Juan Pablo II, nos está llevando al borde de la implosión. Erradicar la pobreza y el hambre nos exige cambiar el modelo en el que vivimos, un modelo, heredero de una sociedad que se construyó gracias a la trata de esclavos.

La economía no puede consistir solamente en la producción de utilidades por sí solas sino que debe establecer los mecanismos de distribución de la riqueza generada para eliminar las asimetrías internas y externas y permitir el desarrollo social de todos los pueblos.

Ese es el sentido de algunos procesos regionales de integración como la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA) y Petrocaribe, que establecida gracias a la generosidad y solidaridad de la República Bolivariana de Venezuela, permite hacer frente a los embates de las múltiples crisis que presenciamos. Es gracias a la Alternativa Bolivariana para las Américas y Petrocaribe, que Nicaragua puede invertir en nuestra agricultura, así como en proyectos sociales instaurando la gratuidad total de la salud y de la educación. Actualmente ya no somos importadores netos de productos básicos como el frijol y el maíz, sino que los exportamos a precios justos en toda la región latinoamericana. Además hemos instaurado 2800 puestos de distribución de comida por todo el país.

Esas son pruebas fehacientes de que si hay voluntad política, no hay destinos fatales irreversibles. No esperemos para actuar que la desesperanza de los hambrientos del mundo pase de un gemido de sufrimiento a una explosión incontrolable, porque de no ser el caso, que no le quepa ninguna duda a nadie que brotarán revoluciones a lo largo y ancho del planeta.

Muchas gracias.